

máquinas, engranes, cremalleras, bielas, cojinetes, etc., de la Sociedad anónima Mitis Belga, de Huy; los minerales, lingotes, planchas y láminas onduladas y acanaladas de zinc y los modelos de techos y de diversos motivos de ornamentación con este metal, de la Sociedad de las Minas y Fundiciones de zinc de la Vieja Montaña, invitaban al estudio concienzudo, tanto de los especialistas como de los comerciantes, sucediendo lo mismo con los esmaltes artísticos de Teófilo Moll, de Gosselies, y las vajillas ricamente decoradas, y el esmalte vienés, extra-resistente al fuego, de la Nueva Sociedad de Saint-Gervais les-Namur.

Entre todas esas industrias metalúrgicas que han llegado en Bélgica á un alto grado de perfección, hay una sobre todo, la cual por la excelencia de sus productos, casi puede decirse que no conoce rival.

Es la industria de la fabricación de las armas finas, en la que Lieja ha llegado á conquistar una gran reputación, rivalizando sus armas de lujo, aunque de precios inferiores, por la finura y buen gusto artístico de su ejecución, con los mejores productos de los más afamados armeros de Londres y hasta de París.

La organización de los ensayos de resistencia y sobre todo el principio de la responsabili-

dad de los obreros, en virtud del cual pierden el precio de su trabajo si las armas que fabrican no resisten satisfactoriamente á las pruebas, constituyen las causas principales de la gran seguridad que ofrecen las armas belgas, circunstancia que ha contribuido eficazmente á su gran reputación.

Hoy es ya de moda que los aficionados más distinguidos prefieran las armas finas de Bélgica á las de los otros países, y los cazadores, sobre todo, se dirigen siempre á Lieja, en donde existen establecimientos importantes, exclusivamente destinados á la fabricación de armas de caza, cuya industria va adquiriendo en aquella ciudad proporciones más considerables de día en día.

Bélgica realiza anualmente una exportación de armas para todos los países del mundo, por valor de más de doce millones de francos.

Otra de las industrias belgas notablemente presentadas en París y que ha llegado también á un alto grado de perfección y desarrollo, fué la de

EL MOBILIARIO Y SUS ACCESORIOS.

A pesar de que en ésta como en todas las industrias artísticas tuvieron los belgas que lu-

char con la gran nación francesa que es la soberana en el buen gusto irreprochable, la elegante distinción y la extraordinaria riqueza de sus artefactos, lograron, sin embargo, llamar la atención, tanto por la calidad de sus muebles, cuanto por el estilo original y artístico de sus hermosas instalaciones.

Y debe agregarse que en la Exposición de 1889 no era tan sólo en las clases especiales donde podían admirarse las maravillas del mobiliario artístico moderno.

En toda la Exposición el mueble distinguido y elegante desempeñaba un papel importantísimo, pudiendo decirse que si las joyas y los perfumes, los encajes y las porcelanas y demás soberbias y costosas inutilidades, ejercían un atractivo fascinador tan irresistible, debíase en gran parte á la agradable armonía entre el contenido y su delicada y artística instalación en un mueble caprichoso y hábilmente ejecutado.

Sobre el fondo aterciopelado y rojo obscuro del cual se destacaban, lucían mejor sus incomparables destellos las perlas de magnífico oriente, los zafiros y los diamantes, y en medio de soberbias colgaduras de color azul ligeramente envejecido, brillaban con fulgor extraordinario los admirables trabajos en plata y oro, verdaderas obras maestras de grandes y concienzudos artistas.

Los pórticos con macizas cariátides que servían de marco á las tapicerías d'Aubusson y á las telas de Roubaix, causaban una gran impresión de solemnidad.

Y por todas partes se observaba la misma grave y feliz armonía, realzando admirablemente el grande y verdadero valor de las producciones de la industria artística.

Sin embargo, aquella variedad inagotable en la decoración encantadora de las Secciones francesas, en nada opacaba el pequeño pero brillante departamento de la industria belga.

Al penetrar en él, la disposición agradable del conjunto, las formas y proporciones felices de los muebles, y sobre todo su elegante sobriedad, causaban una impresión de bienestar inexplicable.

Los magníficos mosaicos para pavimentos, de Luis Waele, los trabajos de ebanistería de Goyers, de Louvain, y los preciosos mueblecitos estilo Luis XV, de Briots, eran, por ejemplo, entre otros muchos, trabajos distinguidos, de dibujo y de ejecución admirables.

Y nada más natural, por otra parte, puesto que la industria del mobiliario es una de las más antiguas de Bélgica.

Ya desde fines del siglo último, Lieja gozaba de una gran reputación por sus muebles es-

culpados, estilo Luis XV, y aunque algún tiempo después, por cierta decadencia pasajera, los muebles belgas se distinguían más bien por sus cualidades de solidez y de buena construcción que por la elegancia de sus formas, en la época actual rivalizan con las mejores producciones de otros países por su gran mérito artístico.

No fué, sin embargo, en el Certamen de París, con motivo de la abstención de algunos de los principales fabricantes, sino en Bruselas y Lieja, donde tuve ocasión de admirar por su ejecución artística y reducido precio, los más bien acabados productos de la industria belga del mobiliario y sus accesorios.

Distínguense entre estos últimos los mármoles de aquel país, por su gran variedad y excepcional belleza.

El mármol negro de Bélgica no conoce rival serio, y la Brecha de Waulsort, llamada de Herculanum, el mármol azul con fondo oscuro y venillas blancas, y los mármoles rojos, son todos de un grandioso efecto decorativo.

Los mármoles de Bélgica son consumidos en casi todos los mercados más importantes del mundo, tanto por su belleza cuanto por el espíritu de iniciativa de sus industriales, la capacidad de sus obreros, la baratura de la mano de obra y la gran reputación de sus industrias todas.

Inútil es agregar, después de todo lo dicho, que los muebles sencillos se distinguen en aquel país por su extraordinaria baratura y excelente fabricación.

Ocupémonos ahora, por unos cuantos momentos, de

EL CRISTAL, LA CERÁMICA Y LAS PORCELANAS.

En el movimiento perfeccionador de la industria del vidrio y del cristal, como en el de otras muchas acontece, marchan á la cabeza los artistas franceses, que tienen el culto, ó por mejor decir, la religión de la materia que trabajan, á la cual transforman con gran habilidad en artefactos de una distinción irreprochable.

Con el "savoir faire" que les caracteriza y un genio incomparable, saben sacar el más brillante partido para una original decoración, de los accidentes que produce la acción violenta del fuego.

A la materias colorantes ya conocidas, han sabido agregar otros elementos, que penetrando hasta el interior de la masa cristalina, le comunican tintes amarillos y matizados, violetas ó pardos irisados, que dan á los artefactos el aspecto de las amatistas, de las ágatas y de los jaspes. Al salir del fuego aquellas masas trans-